

1898: España fin de siglo

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA
Departamento de Historia Contemporánea (UCM)

PRESENTACIÓN

Una doble intención nos ha movido a convocar aquí, y a ofrecerlos reunidos, estos trabajos sobre el final del siglo que ahora cumple cien años. Ante todo, abundar en el ofrecimiento —nada escaso por suerte— de análisis y ensayos de historia cultural e intelectual que, esta vez realizados desde el variado ámbito de la historiografía, han querido acudir a la intensa llamada del centenario del 98; algunos de los textos que aquí traemos formaron parte, así, de un curso de verano, celebrado en agosto de este mismo año de 1998, que precedió al congreso *Los significados del 98* y que dirigió también, en El Escorial, Octavio Ruiz-Manjón. Por otra parte, tenemos la convicción de que, entre los aspectos menos tratados por los estudiosos en lo que va de año, están las perspectivas indirectas, no estrictamente peninsulares o más aún, vistas desde Madrid, de la manera peculiar en que se formuló y desarrolló el conflicto y, desde ahí, quedaría formulada su resultante más convencional.

Los aspectos de política interior nos han interesado sobre todo en la medida en que podían haber supuesto un giro decisivo: las ideas y la práctica republicanas tras el 98, y sus dificultades objetivas para imponerse, a modo de alternativa democrática, y antimonárquica, a la esclerotizada situación, han sido aquí reconstruidas con mano firme por Manuel Suárez Cortina, un buen conocedor de la cultura y ramificaciones del republicanismo español. Desde otro ángulo, J. L. Martínez Sanz ha querido atender a ciertos elementos de la auto-percepción dramática de su papel político de que el ejército español, controvertidamente, va a hacerse objeto —y a sentirse presa— a raíz de la derrota.

Por lo demás, no hemos querido volver de nuevo sobre aquellos aspectos de los que tanto ha sido escrito ya, a lo largo de este año de conmemoraciones. Pero sí construir un contexto exterior, de manera distinta a como se hace de hábito. Y por ello hemos introducido dos aportaciones de especial interés —la de Sylvia Hilton y Steve Ickringill sobre el proceso de toma de decisiones en

McKinley, y la de Consuelo Naranjo sobre el complejo juego de intereses e imágenes desencadenado por los españoles en Cuba tras el 98—, dos trabajos que, en su tarea de contextualización, permiten aproximarse poliédricamente a elementos no estrictamente nacionales de la situación. Pero siempre atingentes al centro del problema y, en cualquier caso, útiles para la más certera comprensión de un manajo de hechos lleno de variables y, en torno a ellas, de tópicos de extrema resistencia.

Encabeza este *dossier* un artículo de Juan Pablo Fusi sobre las tres culturas periféricas que vienen a definirse en nuestro fin de siglo, interviniendo acaso —directamente o no— en la reformulación de la «idea de España», esa cuestión fundamental que habría, en paralelo, de ser acometida en una buena parte de aquella publicística y el pensamiento múltiple que cristalizan, de una manera u otra, en el 98. Culturas *diferentes* todas ellas, es cierto, que ponen de relieve la aparición real de tres nacionalismos —distintos entre sí, de orígenes diversos— y, en cualquier caso, en abierta competencia, cada uno a su modo, frente a la hegemonía del español.

Una de aquellas tres, la más armada y fuerte —por su innegable *allure* europeizante, mas no solo por eso—, la cultura catalana (más bien barcelonesa), se nos ofrece ya «independizada» de la *española*, que a su vez se sumerge decidida en una oleada de casticismo impresionante, que la reafirma como tal. Otra de ellas, más joven, la cultura vasca, se articula «escindida», en la medida en que aparece siempre acompañada en su versión euskaldún, *particularizadora*, de una importante aportación escrita en español, y de que ésta ha de venir dotada de símbolos, de creaciones y de nombres propios que remiten inequívocamente a la cultura nacional-española, reforzada por este mecanismo a la vez. Y hay también una tercera forma particular, por último, no menos diferenciada del modelo «central» servido por Madrid, si bien apenas toca el centro, sin embargo, de manera que hará su construcción «marginalizada», al decir de Fusi. Se trata, claro está, de la cultura gallega...

Cualquiera de las tres contribuiría al fin, de manera evidente —incluso, si se quiere, en cierto modo, merced a una dinámica acumulativa-, a la transformación renovadora, al intenso crecimiento posterior de los indicadores culturales en esa España —en parte *nueva*, indudablemente— que siguió al «Desastre».

Alicia Langa y Guadalupe Gómez-Ferrer —autoras interesadas ambas, desde hace años, en fuentes literarias—, se han ocupado de seguir el rastro a algunos representantes de nuestra novelística (autores y creaciones de éxito mayor, en especial), ámbito de expresión convocado, por fuerza, al uso de la palabra en el 98. En uno de los casos —el colectivo de autores consagrados que ha merecido la atención de Langa—, quedan establecidos paralelos con algunos de los «grandes maestros» que viven una similar experiencia en la vecina Portugal. En el otro, centrado el recorrido en el ejemplo magno de la Pardo Bazán, Gómez-Ferrer sigue, con matices diversos, la evocación francesa.

Como en otros aspectos de la vida política e intelectual, sucederá que, a los aldañazos de la crisis, queden irremediadamente al descubierto las heridas

antiguas de una generación, la del 68 (o del 71, para otros autores), que —habiendo tanteado en los años 80 diversas posiciones, de tímida reforma o de contestación suave— no parecía, en ningún caso, resignarse ahora, con el fracaso cierto de las líneas trazadas, a la perpetuación incólume de aquella coyuntura (la definida, *ab ovo*, por el canovismo) que había llevado a España —nadie osaba dudararlo— hasta el deslizamiento internacional. Pesimistas o no, entendieron entonces aquellos opinantes que acaso se podía, en asuntos domésticos, hallarse a tiempo de ampliarse los marcos, y quizá —incluso— de rectificar.

Y mucho menos habría de acomodarse sin conflictos o dudas, aquella minoría, a la situación dada, después de haber dado sus frutos una política exterior inane, apenas defendible —desde aquella atalaya— en razón de lo visto a través de la guerra. Y puesto que, a la postre, no había logrado España salir airosa frente al enemigo, había sido llegada la hora de aprender.

De una manera u otra, los diversos ejemplos de pensamiento crítico español —expresado a través de la forma novelística— que son analizados en estos dos trabajos, de Alicia Langa y de Gómez-Ferrer, se muestran disconformes con esa situación, y remiten de modo recurrente a ciertos elementos de un presente *posible*, y mas satisfactorio. Un presente, no obstante, cercenado u obviado —al decir de los más, a aquella hora difícil— precisamente por quienes mantenían, sin resignarse a críticas, los controles sociales y las riendas políticas de aquella realidad.

La responsabilidad respecto a esos «males de la patria», predominantemente atribuída por nuestros novelistas en razón de de una común inspiración «antioligárquica» (inspiración censora, no siempre amable con el *statu quo*), correspondió en su óptica a los más encumbrados en la jerarquía, a los detentadores del poder. Por decirlo como doña Emilia, a esos que consentían que España malviviese incómoda, «metida en los moldes del pasado y muriéndose, porque ni cabe en ellos ni los puede soltar»...

Aunque también pudiera darse el caso, en muchos de esos textos (impregnados de las esencias propias del 98), que se lamente con la misma fuerza —nada costaba, al cabo— una atonía apática del común de las gentes en España, que se denuncie fuerte una enervante endebles colectiva, atribuída a «pueblo» y a su voluntad. A aquél se imputa a veces —como principal culpa— su temor ancestral, su atávico recelo ante foráneos préstamos, de muy distinta índole, que acaso procuraran la mejora de España desde el exterior.

Algunos de esos préstamos de estímulo temprano —bajo la inspiración primera de la Institución, en unos casos, y de la Sociedad Española de Historia Natural, en otros—, orientados al fomento de un desarrollo autóctono de la creación científica, son aquí presentados por Alfredo Baratas, que sintetiza varias de las realizaciones prácticas de mayor dimensión. Limitaciones y posibilidades de un apreciable esfuerzo, lleno de espinas pero no inexistente, por lograr remontar un atraso indudable, poniendo en marcha, desde la esfera pública, los mecanismos propios, necesarios, de los procesos de modernización.